

PÁGINA ESCOGIDA DE LÉGAUT

“Las intuiciones sobre Dios y sobre uno mismo introducen al hombre en la oscuridad de una ignorancia absoluta a la que ellas puntúan de luz”⁽¹⁾

por Fernando Cuervo-Arango

A los setenta años, Marcel Légaut publica estas reflexiones sobre la condición y la existencia humana, sobre su propio itinerario y sobre lo que ha compartido con sus compañeros.

Comienza por la fe en sí mismo, continúa con la fe conyugal y paterna, la fe en el otro, y con el tema de la propia muerte y la de los cercanos. Todas estas experiencias lo acercan a manifestar la fe en Dios; yo diría aún más: serán el testimonio del discípulo fiel, que con tenacidad intelectual, silencio, meditación y muchas horas de reflexión, «*da fe*» de Dios en él, lo manifiesta y así nos guía.

Siempre me ha asombrado la precisión de este viejo profesor matemático a la hora de definir lo que brota de sus reflexiones más profundas, y cómo las va ligando, como si fuera el desarrollo de una integral.

¡Menudos párrafos! ¡Vaya afinaciones! ¡Qué manera de llevarte, interrogarte, intranquilizarte, exigirte interiormente, y consolarte un poquito (no mucho), para que no te quedes parado! ¡Qué necesidad siente uno de volver a releer el párrafo completo e incluso la hoja anterior, para saber de dónde veníamos! ¡Cuántas veces, en los grupos de lectura, decimos que mejor será continuar, para ver cómo el texto se explica mejor en el siguiente párrafo!

⁽¹⁾ *El hombre en busca de su humanidad*, en el capítulo VIII: «La fe en Dios», págs. 196-201.

Es interesante el modo tan diverso de manifestarse los lectores en los grupos, ante los mismos textos; y cómo los matices, al apropiárselos cada uno, resuenan de modo diferente.

Lo original de Marcel Légaut en estos textos es la búsqueda de Dios en el ser humano, por una toma de conciencia de lo que habita en nosotros, a través de nuestras vivencias a lo largo de nuestra existencia y en constante evolución. Ello implica un intenso ahondamiento humano, una tenacidad constante y un gran esfuerzo de objetividad.

En algunos momentos especiales de esta búsqueda, en esa interioridad, el ser humano descubre palabras o pensamientos verdaderos, que resuenan para él como realmente originales, como una creación propia. Esa creatividad le interpela en su propio ahondamiento humano y le hace descubrir que hay algo en nosotros que va más allá de nosotros mismos; le hace descubrir que, al igual que los místicos, no tiene la posibilidad de recrearlo a voluntad. Ocurre lo mismo que con los artistas: la musa viene cuando quiere, pero es bueno que el lienzo y los pinceles te cojan trabajando. “Por toda la hermosura, nunca yo me perderé, sino por un no sé qué, que se alcanza por ventura...” (Juan de la Cruz: *Manuscrito de Jaén*).

Evidentemente, el camino que explora Marcel Légaut es distinto al de los místicos, pero con resultados probablemente bastante similares. Al menos yo lo percibo así. “Dios ante él, que al final es, Dios en cada uno, en constante desarrollo”.

Creo que hay caminos complementarios en esa aproximación a nuestro interior, al misterio que nos habita, y que inicialmente está un tanto escondido. Como Légaut, algunos místicos nos dan algunas indicaciones para trabajarlas individualmente, en la meditación y en el silencio. Por eso, antes de entrar en el texto de Légaut, me gustaría citar a algunos textos que han acompañado mi lectura de sus páginas sobre la fe en Dios. Son de Rumí, Juan de la Cruz y Miguel de Molinos.

De Rumí ⁽²⁾, cuyos poemas son leídos diariamente en los países de habla persa como Irán y Afganistán, recuerdo algunos versos de su poema «El viaje»:

Aunque no estés equipado, / sigue buscando: / no es necesario tener equipo en el camino hacia el Sustentador. / A quien veas involucrado en la búsqueda, / conviértete en su amigo y dedícate a ella, / ya que al elegir la compañía de buscadores, / te conviertes en uno de ellos... ⁽³⁾.

También tengo presentes algunos versillos del Monte de Perfección de Juan de La Cruz, que para mí se relacionan con la conciencia de la carencia de ser en Marcel Légaut como reverso de la fe en sí mismo:

Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada / Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada. / Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada. / Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada ⁽⁴⁾.

Recuerdo, finalmente a Miguel de Molinos (1627–1697). En sus textos me vuelve a resonar la búsqueda interior. Creo

⁽²⁾ Mevlana Yalal al-din (1207-1273) fue un poeta, pensador y místico sufi. También es conocido como Rumí, que significa «originario de la Anatolia romana», ya que la Anatolia era denominada por los turcos selyúcidas «tierra de Rum (los romanos)», en referencia al Imperio Romano de Oriente. Su importancia trasciende lo meramente nacional y étnico. A través de los siglos, ha tenido una significativa influencia en la literatura persa, urdu y turca. Después de su muerte, sus seguidores fundaron la orden sufi Mevleví, más conocidos como los «Derviches Giróvagos».

⁽³⁾ El poema continúa:

Protegido por conquistadores, / tú mismo aprenderás a conquistar. / Si una hormiga busca participar en el ejército de Salomón, / no sonrías con desprecio al contemplar su búsqueda. / Todo lo que posees de habilidades y riqueza y oficio, / ¿acaso no fue en sus inicios un pensamiento y una búsqueda?

⁽⁴⁾ El poema de san Juan de la Cruz es más extenso:

que, en cierto modo, la nada de Molinos está en una línea por la que circula también la reflexión de Marcel Légaut, para quien, a través de la conciencia de nuestra carencia de Ser, se llega a la afirmación de Dios en mí. Pienso, concretamente, en el capítulo XX de su Guía Espiritual (Libro III), que lleva este encabezamiento: *Se enseña cómo la nada es el atajo para alcanzar la pureza del alma, la perfecta contemplación y el rico tesoro de la paz interior*. Allí leemos:

El camino para llegar a aquel estado del ánimo reformado, por donde inmediatamente se llega al sumo bien, a nuestro primer origen y suma paz, es la nada. Procura estar siempre sepultado en esa miseria.

Esa nada, y esa conocida miseria es el medio para que el Señor obre en tu alma maravillas. Vístete de esa nada, de esa miseria y esa nada sea tu continuo sustento y morada, hasta profundarte en ella; yo te aseguro que siendo tú de esta manera la nada, el Señor será el todo en tu alma.

¿Por qué piensas que un número infinito de almas impiden la corriente abundante de los dones divinos? Porque quieren hacer algo y desean el ser grandes; todo es salirse de la humildad interior y de su nada; y así impiden las maravillas que quiere obrar aquella infinita bondad.

Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada. / Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada. / Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada. / Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada. / Para venir a lo que no gustas, has de ir por donde no gustas. / Para venir a lo que no sabes, has de ir por donde no sabes. / Para venir a poseer lo que no posees, has de ir por donde no posees. / Para venir a lo que no eres, has de ir por donde no eres. / Cuando reparas en algo dejas de arrojarte al todo. / Para venir del todo al todo, has de dejarte del todo en todo. / Y cuando lo vengas del todo a tener, has de tenerlo sin nada querer. / Cuando ya no lo quería, / Téngolo todo sin querer. / Cuanto más tenerlo quise, / Con tanto menos me hallé. / Cuanto más buscarlo quise, / Con tanto menos me halló. / Cuanto menos lo quería. / Téngolo todo sin querer. / Ya por aquí no hay camino, / Porque para el justo no hay ley; / Él para sí se es ley.

Apéganse a los mismos dones por salir del centro de la nada y todo lo malogran.

No buscan a Dios con verdad y así no le hallan; porque ha de saber que no se halla sino en el desprecio de nosotros mismos y en la nada.

En fin. Hay otras pistas que también me llegan desde el Apocalipsis: *He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo* (3, 20); y desde el Evangelio de Lucas: *Dichosos aquellos siervos a quienes el señor, al venir, halle velando; en verdad os digo que se ceñirá para servir; y los sentará a la mesa, y acercándose, les servirá* (12, 37).

Pero paso ya a las páginas de Légaut. Para mí, todo lo escrito en esas páginas del capítulo VIII, acerca de «las intuiciones sobre Dios y sobre sí mismo» es la confirmación de unas vivencias a las que llamo “fogonazos”. Sin esos fogonazos, creo que no podría expresar con tanta exactitud todo lo que manifiesta en dichos párrafos. Para mí, esto es reconfortante; sus palabras resuenan verdaderamente en mí.

También me llaman la atención los párrafos sobre cómo el hombre interpreta «lo que Dios le comunica de Sí». Este Dios no admite ninguna representación imaginativa, ni ninguna definición exacta. Creo, al igual que en los místicos, que son percepciones inexpresables, que quizás solo se puedan expresarse de forma poética, para que uno alcance lo que en él resuene.

En cuanto a los párrafos finales de las páginas que he escogido, la ausencia, en ellos, de alusiones a Jesús de Nazaret, es también algo que me hace pensar. Creo que Légaut no lo nombra porque quiere ir más allá de la creencia tradicional y tomar como punto de partida su idea de la *fé en Dios* con independencia de una adscripción confesional particular. Pero, en el último párrafo, hay, sin duda, un guiño al lector, que entiende que Légaut piensa en Jesús. Y hay, a la vez, una llamada a la exigencia para cada uno de nosotros.

Para mí, Jesús de Nazaret es un vórtice de energía en lo mental, en la meditación; es un concentrador de luz en el camino a lo trascendente. Sé que esta afirmación no soporta una demostración científica pero, como es una percepción de *mí Dios en mí*, así lo manifiesto.

Quiero decir, para terminar, que percibo en este fragmento un mayor que, con su sola presencia, transmite luz al que comienza su propia búsqueda. Quizá aquí, en este vislumbrar la *fe en Dios* de un testigo, sea donde se encuentra el significado profundo de la condición de discípulo.